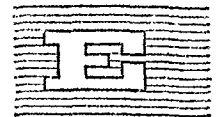


NACIONES UNIDAS
CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL



Distr.
GENERAL
E/CN.4/1982/26
8 de marzo de 1982
ESPAÑOL
Original: INGLÉS

COMISION DE DERECHOS HUMANOS
38º período de sesiones
Tema 12 del programa

CUESTION DE LA VIOLACION DE LOS DERECHOS HUMANOS Y LAS LIBERTADES
FUNDAMENTALES EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO, Y EN PARTICULAR
EN LOS PAISES Y TERRITORIOS COLONIALES Y DEPENDIENTES

CUESTION DE LOS DERECHOS HUMANOS EN EL SALVADOR

Carta, de fecha 8 de marzo de 1982, dirigida a la Comisión
de Derechos Humanos, en su 38º período de sesiones, por
el Representante de los Estados Unidos de América

Como tuve la oportunidad de señalar en la 51ª sesión, celebrada el 8 de marzo de 1982, mi delegación, a fin de que la Comisión pudiera ahorrar tiempo, decidió no formular la declaración sobre El Salvador para la cual se había inscrito.

Por consiguiente, agradecería que la declaración adjunta a la presente carta fuera distribuida a la Comisión como documento oficial en relación con el examen del tema 12 del programa.

(Firmado)

Michael NOVAK

Representante de los Estados Unidos
de América en la Comisión
de Derechos Humanos

ANEXO

DECLARACION DEL

SR. MICHAEL NOVAK

REPRESENTANTE DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA COMISION
DE DERECHOS HUMANOS DE LAS NACIONES UNIDAS
EN SU 38º PERIODO DE SESIONES

ACERCA DE LA SITUACION EN EL SALVADOR

8 DE MARZO DE 1982

Sr. Presidente, en diciembre de 1980, las fuerzas guerrilleras de El Salvador, entrenadas, abastecidas y apoyadas en gran parte por Cuba, Nicaragua y otros Estados que son clientes de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, anunció una "ofensiva final", con lo cual el Presidente de los Estados Unidos de América recientemente elegido, se enfrentaría, al tomar posesión de su cargo el 20 de enero de 1981, con un hecho consumado. Ninguna Administración estadounidense hubiera querido verse obligada a hacer frente a tal amenaza en sus primeros días en el poder, ni tampoco en ningún momento. No obstante, Sr. Presidente, como el Presidente Kennedy manifestó una vez a la población del Berlín Occidental sitiado, la vida no es justa. Surgen retos, no donde uno quiere que surjan, sino cuando la realidad los plantea.

En los 18 meses inmediatamente anteriores a diciembre de 1980, la Administración estadounidense del Presidente Jimmy Carter había interrumpido todos los envíos de suministros militares letales a El Salvador, a causa de los abusos de los derechos humanos cometidos en ese desgraciado país, cuyo nombre resulta tan tristemente irónico. Tras la fracasada "ofensiva final", el Presidente Carter modificó su política para permitir la prestación de un reducido volumen de ayuda militar a fin de reponer las existencias de material utilizadas por los militares salvadoreños en su respuesta a los ataques de la guerrilla.

Sr. Presidente, la "ofensiva final" de los guerrilleros de enero de 1981 no sólo fracasó, sino que también ofendió a muchos de los ciudadanos de El Salvador a causa de la violencia desenfrenada contra civiles inocentes. El Obispo Rivera y Damas, en un importante sermón -ya que El Salvador, como Polonia, es en gran parte un país católico-, instó a los fieles a que renunciaran a la violencia, tanto por parte de las derechas como de la izquierda, y a que volvieran al camino de la paz, el cambio pacífico, la democracia y el proceso con las debidas garantías legales. Desde 1932, El Salvador ha conocido unos 37 gobiernos diferentes, muchos de ellos impuestos mediante un golpe de Estado, y cuatro Constituciones distintas. Sr. Presidente, eso no ha sido un gobierno por sistema electoral. Durante 60 años El Salvador ha sido gobernado por las armas. Este terrible sistema tiene que abolirse y debe volver a prevalecer el imperio del derecho.

El imperio del derecho sólo puede lograrse si la gran mayoría de los ciudadanos de El Salvador rechazan el gobierno por las armas y exigen el gobierno por sistema electoral.

Sr. Presidente, los que critican la política de los Estados Unidos en El Salvador desde fines de 1980 suelen imaginar que sólo hay dos bandos en el país: una derecha cruel y los guerrilleros armados, compuestos, en parte, por marxistas-leninistas (quienes suministran la mayor parte de las armas, dinero, comunicaciones militares y relaciones públicas internacionales) y, en parte, por idealistas. Este análisis es tan frágil como la porcelana, cuando se ve sometido a la realidad de los hechos.

El Gobierno que nacionalizó los bancos no era una derecha cruel. Tampoco lo es un Gobierno que trata de ejecutar el programa de reforma agraria más ambicioso nunca llevado a cabo en América Latina, iniciando un programa de tres fases que comenzó con la expropiación de todas las explotaciones agrícolas de una extensión superior a 500 hectáreas y creando cooperativas para los campesinos que habían trabajado en ellas. Muchos de los banqueros y grandes terratenientes huyeron de su país. No ha sido un Gobierno cruel de derechas el que, desde octubre de 1979, ha expulsado del servicio a más de 1.000 miembros de las fuerzas de la Guardia Nacional y otros cuerpos de seguridad a causa de abusos de los derechos humanos. Tampoco ha sido un Gobierno cruel de derechas el que, en condiciones sumamente difíciles, ha convocado a elecciones para el 28 de marzo de este año. No, Sr. Presidente, el sector que hizo todo eso no era una dictadura de derechas, sino una junta de coalición, bajo el mando del Presidente de la Internacional de los Cristiano Demócratas, un hombre que ha sufrido torturas por sus creencias, un hombre injustamente privado de su cargo de Presidente de El Salvador logrado en unas auténticas elecciones en 1972: José Napoleón Duarte y sus colegas.

Sr. Presidente, mi Gobierno considera que el análisis basado en la existencia de dos bandos en El Salvador es erróneo. Hay tres bandos en El Salvador: dos pequeños y uno grande. La dificultad reside en que los dos bandos pequeños -la extrema derecha y la extrema izquierda- controlan la mayoría de las armas y cometen la mayor parte de los actos de violencia. El bando más grande, el que rechaza tanto a la derecha cruel como a la izquierda cruel, se encuentra relativamente desarmado y no está tan bien organizado como debe llegar a serlo. Pero, sin duda alguna, cuenta con la lealtad de la gran mayoría de la población de El Salvador.

Sr. Presidente, hay un bando cruel de derechas en El Salvador, que está decidido a tomar el poder y a gobernar por las armas. El Gobierno y el pueblo de mi país detestan por igual los abusos de los derechos humanos cometidos por esa facción.

Sr. Presidente, no hay desacuerdo en cuanto al número de abusos de los derechos humanos en El Salvador. Hágase como se haga el cálculo exacto -mediante una verificación prudente o registrando todas las alegaciones en la forma en que se hace- el fondo de la cuestión no cambia. Independientemente de que mueran cada semana 100 ó 200 salvadoreños en una carnicería abominable, el fondo de la cuestión no cambia. Incluso una de esas muertes por semana sería una atrocidad. Ningún ser humano, ni siquiera uno, debería morir a causa de tales abusos.

Tampoco hay desacuerdo en cuanto a las estimaciones relativas de quién es más culpable, desde el punto de vista numérico. Según casi todos los cálculos, parece que una mayoría de las muertes son obra de escuadras de la muerte de la derecha, de fuerzas paramilitares y de otras personas, a veces relacionadas, directa o indirectamente, con las fuerzas de seguridad. De cualquier manera, los guerrilleros

se han declarado públicamente autores de la muerte de más de 2.000 civiles entre el 30 de junio y el 31 de diciembre de 1981. Sea quien fuere el responsable de la mayoría de las muertes, ambos bandos están cometiendo graves excesos.

Sr. Presidente, la capitulación ante cualquier banda armada capaz de mantener a 5.000 soldados en las montañas no es una solución para el laberinto que ya dura 60 años en la política salvadoreña. El gobierno por las armas no constituye ninguna revolución nueva en El Salvador. No es sino lo de siempre, es decir, un asunto sucio, independientemente de que sea apoyado, como en el pasado, por una oligarquía en constante lucha intestina o, en la actualidad, por Cuba y Nicaragua, como sustitutos de la Unión Soviética.

Por eso, Sr. Presidente, el Congreso de los Estados Unidos exige que cada seis meses se certifique que se ha avanzado hacia la democracia, con reformas judiciales auténticas y el imperio del derecho, pues de lo contrario los Estados Unidos no podrán seguir ofreciendo ayuda, económica ni militar. En El Salvador ha de salir adelante el centro democrático, que debe imperar sobre las fuerzas de la violencia, de derecha y de izquierda, y debe respetar los derechos humanos de todos y cada uno de los ciudadanos de El Salvador, pues de lo contrario, los Estados Unidos no tendrán más opción que retirarse. Así lo impone nuestra legislación.

Sr. Presidente, en las circunstancias de mortandad que reinan en El Salvador, esos progresos son forzosamente lentos. Tanto la derecha como la izquierda, por motivos curiosamente parecidos, tratan de obstaculizarlos. La una y la otra asesinan a los civiles de los que tengan ni siquiera la sospecha de que simpatizan con el otro bando. Hay una inmensa carnicería. Además, como los guerrilleros no pueden derrotar al ejército por la fuerza de las armas, han adoptado, como me dijo personalmente el Obispo Aparicio de El Salvador, una política de "tabla rasa" con objeto de ganar mediante la ruina y la destrucción lo que no pueden conseguir en combate abierto.

Pues lo cierto es, Sr. Presidente, que los guerrilleros de El Salvador no son iguales que los sandinistas de la vecina Nicaragua en una fase comparable. En Nicaragua, los sandinistas iban recibiendo cada vez más apoyo. La Iglesia los apoyaba. La comunidad empresarial los apoyaba. En El Salvador, en cambio, los propios guerrilleros dicen tener en 1982 las mismas fuerzas que decían hace 18 meses: 5.000 soldados armados y unos 15.000 seguidores clandestinos. Nuestros servicios de información confirman cifras parecidas. El número de guerrilleros no va en aumento. Ya no pueden convocar grandes manifestaciones ni llamar a la huelga nacional. Con su violencia en contra de su propio pueblo, resultan tan repulsivos para éste como las fuerzas odiadas y temidas de la extrema derecha. Además, el deterioro de las libertades en Nicaragua, los ataques que en ese país se realizan a los indios miskitos, a la Iglesia Católica, a las libertades de todos los días, a un auténtico pluralismo y a unas elecciones libres, han desacreditado el ideal sandinista. El pueblo de El Salvador no cree ya lo que creyó en tiempos el de Nicaragua, que un "frente popular", cuyos fondos, fuerzas armadas y comunicaciones están controlados por una pequeña facción marxista-leninista con apoyo del exterior, se propone cumplir jamás las promesas hechas anteriormente. Los salvadoreños que desprecian a la derecha desprecian por igual a la izquierda.

Por eso, Sr. Presidente, tienen tanta importancia las elecciones del 28 de marzo. Son decisivas. Es cierto que la izquierda se niega a presentar candidatos, igual que la izquierda armada de Venezuela se negó a presentarlos en las tumultuosas elecciones celebradas en aquel país a principios del decenio de 1960. Pero en las sucesivas elecciones celebradas en Venezuela durante aquel período, cada vez fueron más los guerrilleros que depusieron las armas. Vieron que podían obtener una parte justa del poder mediante las urnas, cosa que no podían conseguir con las armas. Las filas de los guerrilleros fueron vaciándose con el tiempo.

Esperamos, Sr. Presidente, que la democracia surja en El Salvador, igual que surgió hace 20 años en Venezuela, de las cenizas de una devastación estéril, y que sobreviva con firmes raíces en El Salvador, como lo ha hecho de forma tan noble en Venezuela.

O sea, que las elecciones del 28 de marzo no serán decisivas por lo que respecta a la izquierda. Quizá lo sean las siguientes o las segundas, cuando llegue el momento de que la izquierda prefiera las urnas a las armas.

Pero esas elecciones van a ser decisivas por lo que respecta al centro y a la derecha. Mi propio Gobierno no puede, ni quiere, tomar partido en unas elecciones así. Pero cabe lógicamente deducir que el 28 de marzo la voluntad del pueblo de El Salvador establecerá clara y decisivamente dos cosas: lo primero que se decidirá será el número de ciudadanos dispuestos a desafiar unas condiciones casi de guerra a fin de demostrar que prefieren las urnas y detestan las armas. Lo segundo será la fuerza relativa, en la nueva Asamblea Constituyente, del centro y de la derecha. En este momento, una victoria del Presidente Duarte y de su partido sería un mensaje que llamaría la atención del mundo. La victoria de un partido próximo al ejército también constituiría un mensaje. Es mucho lo que está en juego.

No es de extrañar que el Obispo Rivera y Damas haya pedido una vez tras otra a su pueblo que participe, como débil esperanza de salir de la vía de las armas.

Sr. Presidente, a partir del 28 de marzo El Salvador iniciará el proceso de formar un nuevo gobierno, cuyos poderes dimanarán del consentimiento de los gobernados. Gozará de los inicios de esa legitimidad especial que procede del consentimiento del pueblo.

Pero que nadie se haga ilusiones. Hoy día, la legitimidad no dimana del poder, ni siquiera del apoyo popular. La legitimidad dimana, a fin de cuentas, del respeto de los derechos humanos de quienes dan libremente su consentimiento al gobierno, pero únicamente a cambio de que éste proteja sus derechos fundamentales. Al nuevo gobierno de El Salvador se lo juzgará por la forma en que respete los derechos de quienes le den su ser. Debe dominar a las fuerzas de la violencia, comprendidas las más próximas a sus propias fuerzas de seguridad, y también las de la izquierda.

Sr. Presidente, mi Gobierno sustenta respecto de El Salvador los mismos ideales que respecto de todas las demás naciones de la tierra: un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. El Salvador jamás ha conocido un gobierno así. El nacimiento de un gobierno de esa índole, en las terribles circunstancias de El Salvador,

es algo que ya se ha retrasado demasiado, y ha sido demasiado doloroso y sangriento. No hay ningún resultado que pueda justificar tamaña turbulencia, salvo un gobierno democrático que respete los derechos humanos de todos los ciudadanos. Eso, Sr. Presidente, es lo que deseamos en El Salvador, igual que en Polonia, en Sudáfrica, en Letonia, en Lituania, y en todas las partes de la Tierra. Esos objetivos no se logran de un día para otro. No se logran sin lucha. Pero guardan una perfecta armonía con la fuerza básica de la historia humana, el anhelo que late en todo corazón humano de libertad y de gobierno propio.

Como dijo Abraham Lincoln en el cementerio de la batalla más sangrienta de la humanidad hasta entonces, en Gettysburg: estamos sometiendo a prueba la proposición de que todos los hombres son iguales. Estamos sometiendo a prueba si una nación, concebida conforme a este principio y consagrada a él, puede no sólo nacer, sino perdurar.

Sr. Presidente, sabemos que podemos fracasar en El Salvador. Pero, para la libertad, la derrota a corto plazo no significa la derrota a la larga. Las revoluciones falsas no cumplen sus promesas. La libertad sigue latiendo incluso en el corazón mismo de la tiranía y acabará por triunfar.
